

POLICÍAS Y LADRONES

Graves revelaciones

Sabíamos que el redactor de *La Correspondencia* Sr. Escobar, llamado a declarar en este proceso, había hecho graves revelaciones; pero esperábamos a que su propio periódico las hiciera públicas, que era el mejor medio de no equivocarse.

Nada ha dicho aquel apreciable colega; pero *El País* de hoy refiere la declaración de Sr. Escobar en los siguientes términos: «El Sr. Escobar acusó concretamente a los ex delegados Sres. Almería, Maura, Viesado y a otros ex políticos como Carbonell, Luna, Roch y Moreno Guals, ofreciendo al juez testimonio de documentos que obran en su poder y cuya autenticidad demostrará él mismo, en los que se apoyan muchos de los hechos denunciados en su declaración».

Citó también nombres de personas que pueden testificar señalando sus domicilios e lugares en que se encuentran, y en este camino reveló al Juzgado que las alhajas sacadas del cajón de la mesa del ex jefe de Vigilancia Sr. Pitta, no habían sido entregadas al quinquenario de que se valieron para reclamar las alhajas y el otro polizonte, sino que éstos se las habían repartido benitamente.

Relató, apelando al testimonio de un ratón apodado *el Rata Pastora*, el hecho de que un día de Nochebuena, que hizo un buen negocio, tuvo que dar la tercera parte de las alhajas robadas a uno de los ex delegados citados al principio.

Facilitó al Juzgado los nombres de los ladrones que se entendían con los delegados para entregar a éstos el dinero convenido por televisión que sus establecimientos permanecían abiertos a horas prohibidas por los gobernadores.

Nómbro también a algunos dueños de casas de préstamos de las cuales se había llevado la policía alhajas bajo pretexto de que eran robadas, quedándose con ellas.

Apeló al testimonio de la mujer de un timero llamado Luis Fernández Expósito y apodado *el Sargento «Pediculus pubis»* gran protegido de Viesado. Dicha mujer afirma que la policía ha causado su ruina, ofreciendo pruebas de ello.

Manifestó al juez el lugar del gobierno civil donde existían documentos oficiales, en los que se da cuenta de delitos cometidos por polizontes y que, a pesar de todo, no han sido perseguidos.

Y, por último, relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

NUESTRA INFORMACIÓN

Para ampliar las noticias que publicamos anoche en la última edición, nuestros reporteros han ido muy de mañana a la Cárcel, celebrando entrevistas con los principales personajes de esta causa.

Parécenos que los ex policías han pasado bien la noche; que Luna, por su reconocido idiosincrasia, Carbonell, por su temperamento tranquilo, han dormido bien. En cambio, Almería está muy nervioso y lleno de espanto. Cuantan que ayer, al ingresar en la prisión, pidió a los empleados que tomaran precauciones para evitarle no sabemos qué venganzas de los ladrones presos.

Los ex delegados de la ex delegación de Madrid, que se hallan en la cárcel, se muestran de terror, que llegó a creerse si habría perdido la cabeza.

Esta mañana ha debido tranquilizarse algo al recibir muy temprano la visita del abogado Sr. Doval, que sin duda va a ser su defensor.

Vamos ahora el resultado de nuestras conversaciones con los presos.

El «Chato» de Jaén

No hemos tenido que acudir a ninguna clase de subterfugios para que nos repitiera sus declaraciones el célebre bandido. En cuanto llegó al locutorio y se enteró de que éramos periodistas, nos dijo:

—Esperaba esta visita y la deseaba. Y si ustedes quieren poner todo lo que me diga vayan apuntando, que por mi parte, no me cansaré de hablar.

El *Chato* es un hombre de regular estatura, más bien bajo que alto, de fuertes músculos, viste el traje de presidario y se expresa fácilmente, con acento andaluz muy marcado. Cumple a la verdad el decir que el *Chato* es un hombre simpático, que tiene un carácter fácil.

De su historia criminal que nos ha referido sin recato, y que en parte conocemos los que de este delito tenemos que hablar con frecuencia en los papeles, resulta ser una especie de Candelas moderno, sin que de la comparación resulte desventaja para el *Chato*, puesto que en estos tiempos son más difíciles las hazañas del bandidaje.

El *Chato* tiene ahora treinta y seis años y lleva veinte rodando por cárceles y presidios. Vino muy niño de Jaén a Madrid, y a los diez y seis años ingresó por primera vez en el Saladero por hurto de un portamonedas en la vía pública.

Al salir de aquéllo siguió hurtando bolsillos y relojes, pero sus agallas le empujaban a robar de más altos vuelos, y despreciando a los transeúntes se dedicó a desvalijar las casas.

Su nombre alcanzó los honores de la celebridad, bien justificada por su historial lleno de audacias y valentías.

Perseguido por la policía, en algunos casos se ha podido librarse—como en el que motiva este proceso—dando billetes de Banco a sus perseguidores; pero en otros ha tenido que defenderse a tiro limpio.

En Madrid, por donde andaba suelto el año 96, gracias a la complicidad de algunos policías, un delegado llamado Obregón fué a prenderle a la puerta de una casa de la calle de Alameda, y cuando se vió rodeado de agentes echó mano al revolver, y haciendo disparos logró escapar.

Después, en Córdoba, sostuvo una verdadera batalla a tiros con la policía y con la guardia civil; a él le hirieron, pero él también hirió a un guardia civil, atravesándole un hombre de un balazo.

Por esta causa le impusieron veinticuatro años y pico de presidio, que cumplió en Cartagena, de cuyo presidio se escapó el 13 de Diciembre del año pasado.

También de la policía de Málaga cuenta el *Chato* muchas cosas interesantes, pues al fugarse de Cartagena se fué a la bella ciudad y por sus calles y plazas anduvo unos cuantos meses con la misma tranquilidad que al andar los ingleses que van a pasar el invierno en la ciudad.

No la policía le conocía, ya lo creó; como que el año 98 ya tuvo que ver con la justicia, con motivo de un robo a cierta mujer, llamada la *Extremadura*, y entonces la policía registró la casa del *Chato* y se llevó manjares de Manzanilla y alhajas, cuyo paradero sigue ignorándose.

Ello es que fué detenido en Málaga cuando se disponía a embarcar con su querida y sus hijos para Orán, y restituido al presidio de Cartagena, de donde ha venido a Madrid con motivo de esta causa.

El «Chato» y Almería

Era el año 96. El *Chato*, huyendo de una infinidad de causas, se había venido a Madrid, viviendo con la indispensable querencia en una casa de la calle de las Descalzas.

Todos los días se paseaba por la calle de Toledo, donde los que le conocían le guardaban el secreto y los que no le conocían le creían uno de tantos transtornos que viven en aquella barriada. El sitio preferido para sus tertulias era una taberna de la calle de Santa Ana, a la que acudía diariamente todas las mañanas.

Un día salió de su casa con dirección a la taberna para tomar la mañana, y en la calle del Humilladero le echaron mano, abrazándose a él fuertemente dos individuos de la policía secreta.

—¿Por qué me detienen?—les preguntó el *Chato*.

—No lo sabemos. Vengase usted a la Delegación donde al Sr. Almería se lo explicará.

«El Sr. Almería—dice el *Chato*—estaba asomado al balcón cuando llegué con los agen-

tes de la policía, y me dijeron que me detuvieran por haber robado a un tal Sr. Almería, que era un hombre de mucha importancia».

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

A la madrugada, el estado del infeliz era tal, que asustó al apaleador hasta el extremo de no saber cómo remediar la brutal acción, hizo que sacaran al contuso envuelto en una manta, que le dejaron abandonado en la escalera del Prati de los Consejos.

Dos o tres días después falleció en el hospital, al que había sido trasladado, al recogerle en la calle.

Intitilmente quiso su madre verlo en el hospital. Cuantas veces lo suplicó le fué negado.

Después de este suceso parece que se llegó a extender algún documento oficial.

Serán citados a declarar algunos testigos, entre los que figura un empleado actual del gobierno civil.

El infeliz asesinado en el gobierno civil era inculcado del crimen que se le imputaba.

El *Chato* relató al juez el siguiente hecho, cuya gravedad no es necesario hacer resaltar:

Era gobernador civil de Madrid D. Alberto Aguilera y jefe de la ronda especial Páco Luna.

Un guardia de Seguridad apodado *el Pelotero* llevó al gobierno, acusado de ser el autor de un crimen, envuelto en el misterio, a un muchacho de unos diez y ocho años, que había sido detenido en la Guindalera.

Exigióle Páco Luna que confesara, negando el muchacho su participación en el delito. Después de abofetearlo, en resultado, le ató a un sillón, donde, con un vergajo, le apaleó brutalmente, quemándole la cara y los labios con un cigarro puro, según acostumbraba hacer el Luna.

